

Repercusiones sociales y políticas del sismo del 19 de septiembre de 1985 en la Ciudad de México

PRESENTACION: Alcances y limitaciones del presente trabajo.

A consecuencia de la destrucción urbana parcial provocada por el macrosismo ocurrido en la ciudad de México el 19 de septiembre de 1985, durante una semana cambió la faz de la ciudad capital y hubo repercusiones en el país entero. Se paralizaron las actividades productivas, comerciales y de servicios, se interrumpió la administración normal del gobierno de la ciudad, se suspendieron las comunicaciones con el resto del país y el mundo, se interrumpió el suministro de la energía eléctrica, del gas, el abastecimiento de agua, el transporte urbano; las universidades, escuelas y oficinas públicas se transformaron en hospitales, albergues o centros de abastecimiento de medicinas, ropa y alimentos; los habitantes de la ciudad se incorporaron a las tareas de rescate y apoyo a los damnificados. Se formaron decenas de miles de brigadas solidarias, espontáneas y democráticas dispuestas a colaborar prácticamente de tiempo completo, se desató también la especulación de productos básicos y el abuso rapaz en los sectores afectados; el ejército acordonó las zonas dañadas del centro urbano y se paralizó la administración pública. Eso fue lo que sucedió durante algunos días en nuestra ciudad: fue una experiencia de crisis social que vivimos muy de cerca los casi 18 millones de habitantes que radicamos en la urbe más poblada del mundo.

No es ninguna novedad el hecho

de que vivamos en una zona sísmica de alto riesgo. Más aún, según testimonios que nos llegan del pasado inmediato, contábamos con una sólida conciencia sísmica, misma que se puede constatar en las agudas observaciones realizadas por Henry George Ward, encargado de negocios de una misión inglesa exploratoria de la situación existente en México poco después de la independencia, allá por 1824-27, al observar que junto con otrora pureza de la atmósfera:

"En el estilo general de la arquitectura hay algo muy peculiar... Las casas son espaciosas, pero bajas, y pocas veces exceden de un piso... Pocos edificios públicos alcanzan la altura que estamos acostumbrados a ver los europeos en construcciones de tal índole. Esto se debe en parte a la dificultad de poner un buen cimiento en el Valle de México, donde se halla agua uniformemente a muy pocos pies de la superficie, y en parte a la frecuencia de los terremotos... (que) pondría en peligro la seguridad de edificios muy altos, pues serían los primeros en sentir sus efectos".¹

...¿Qué se "fizo", pues, nuestra conciencia sísmica de antaño?

1 Ward, Henry G. *México en 1827*. *Lecturas Mexicanas*. No. 73, Ed. FCE/SEP. México, 1981, p. 55.

Gloria Carrillo
Teresa Castro
Lucio Oliver

Como profesores e investigadores del Centro de Estudios Latinoamericanos de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM, vivimos el impacto del sismo en nuestra ciudad capital y sentimos la necesidad de realizar un paréntesis en el desarrollo de nuestras investigaciones particulares, para analizar las repercusiones sociales y políticas del mismo. Este impulso en nuestra calidad de científicos sociales, obedeció a varias razones.

Los inesperados problemas que a todo nivel ocasionó dicha desgracia natural cuestionaron el papel de la universidad frente a la sociedad, tanto a nivel institucional como desde las distintas perspectivas profesionales que en ella se desarrollan. Durante los días que siguieron al sismo, médicos, enfermeras, arquitectos, ingenieros, pronto encontraron formas de organización y participación, aunque a nivel más espontáneo que institucional; pero muchos científicos sociales no atinábamos a encontrar la utilidad práctica de nuestra profesión frente a la emergencia que vivíamos. Esto no significa que la ciencia social no tenga tal utilidad, sino que la posibilidad de incorporarnos a dicha situación de emergencia (y no sólo en calidad de ciudadanos, levantando piedras, acarreado agua o preparando y llevando alimentos), se vio limitada por varios aspectos, dos de ellos son:

1. El enfoque que priva en la enseñanza, orientación y posterior

desempeño profesional. Las humanidades no tienden a insertarse prácticamente en la problemática nacional, ni a desarrollar una actividad multidisciplinaria, ni por tanto, a dar respuesta a los problemas que debería enfrentar; y

2. Se hizo patente la falta de comunicación e intercambio entre las distintas instancias de educación superior, la cual no permitió sustentar una acción eficaz y coordinada. Por ejemplo, se levantaron varias encuestas y censos que a poco se desinflaron o bien se repitieron y multiplicaron y en todo caso no se instrumentaron en el proceso de toma de decisiones que apresuradamente se vivía, como por ejemplo en el caso de la ayuda a la reconstrucción y la expropiación de predios afectados por el sismo.

Otro elemento motivador para la realización de un análisis, es que a nuestro juicio lo sucedido en la ciudad de México y otras regiones del territorio del país, como Cd. Guzmán y Lázaro Cárdenas, lejos de ser un problema meramente nacional, tiene un marco de reflexión latinoamericano, puesto que no es exagerado decir que los terremotos del 19 y 20 de septiembre en México vienen a cuestionar un modelo de crecimiento urbano y de desarrollo nacional que caracteriza a muchas ciudades importantes de la región y, por tanto, a cuestionar las vías de desarrollo capitalista, las formas de organización social y cultural, el proyecto político nacional, el papel del Estado y sus relaciones con la sociedad civil, entre otras cuestiones importantes. Problemas y retos que afectan al conjunto de América Latina en el momento actual, de importancia similar a otros como la crisis económica, los procesos de democratización, etcétera. En este sentido creemos que las consecuencias sociales y políticas del 19 de septiembre, ponen a discusión —quizás de una manera más directa,

más apremiante, por ser el Distrito Federal una de las ciudades más grandes y más complejas no sólo de la región sino del mundo— muchos de estos retos de América Latina.

Con esta presentación pretendemos establecer los límites y alcances del presente trabajo: en tanto que no somos especialistas en el análisis demográfico y urbano (a pesar de que necesariamente toquemos algunos elementos al respecto) sino que el trabajo está orientado al análisis político, se centrará fundamentalmente en las repercusiones sociales y políticas del sismo; más específicamente en las formas de movilización y organización popular y urbana, los movimientos y actuación de la sociedad civil, los obstáculos a la democratización en nuestro país, por un lado; y por otro, a las respuestas que se dieron a nivel de las instancias gubernamentales a raíz del sismo.

Por otra parte, queremos enfatizar y desarrollar la idea de que las desgracias naturales, sobre todo en ciudades como la nuestra, no pueden aislarse de su contexto político y social, y también deseamos señalar la forma en que el modelo de desarrollo urbano, económico y político seguido hasta ahora, repercutió en la vida del país, magnificando las consecuencias de una desgracia natural como lo fue este terremoto.

A partir de este análisis se desarrollará un conjunto de ideas e hipótesis que vayan más allá del análisis coyuntural que dio origen y puso límites a este trabajo realizado a los 6 meses del sismo.

I. INTRODUCCION.

El Desarrollo Urbano en México y América Latina

Los países de América Latina, a pesar de todas sus diferencias, comparten un conjunto de problemas derivados del desarrollo desequili-

brado y heterogéneo que ha asumido el capitalismo en la región, uno de cuyos resultados ha sido un diseño urbano que ha hecho girar alrededor de las ciudades capitales las principales actividades, tanto político-administrativas, como económicas y culturales, sobre modelos formales de federalismo.

"Desde la ciudad se constituye la nación, en tanto que, desde las ciudades, es difundida una unidad particular de reproducción hacia el conjunto de las relaciones sociales que se inscriben en el territorio nacional. Son las ciudades, por otra parte, el asiento natural del Estado capitalista, si no acaso el único. Desde la ciudad, entonces, la nación y el estado se reproducen socialmente".²

Esta centralización cultural, política y administrativa en la ciudad capital, tiene sus antecedentes históricos.

Las ciudades latinoamericanas, como lo señaló el historiador José Luis Romero, crecieron como fortalezas que buscaban mantener las funciones de una ciudad europeizada, verdadero enclave enraizado en un mundo considerado como atrasado, sinónimo de rural, arcaico y brutal.

"Tras la empalizada o el foso, o tras la valla cultural que los reemplazaba, la ciudad debía ser una ciudadela, no sólo en el sentido militar, sino, sobre todo, en sentido social y cultural; una ciudadela europea y europeizadora en la que conservaran intactas las formas de mentalidad y de vida, la raza y los sistemas de normas y valores europeos".³

2 Mercado Angel. "Las masas, protagonistas del futuro". *El Perfil de la Jornada*. 10 de abril de 1985. México. pp. 15-18.

3 Romero, José Luis. *Situaciones e Ideologías en Latinoamérica*. UNAM. Serie Nueva América. No. 2, México. 1981. p. 203.

La forma que la ciudad adquirió simbolizó la lucha entre dos mundos, entre la civilización y la barbarie, que en conceptos de Sarmiento expresaban las pugnas entre intereses regionales, marginados de los beneficios económicos y políticos y los centrales que representaban a la élite dominante surgida de la Independencia, pero aún carente de un verdadero proyecto nacional. A pesar del desarrollo de una perspectiva "nacional" de un proyecto político más representativo del "interés general", que se fue desarrollando sobre todo a partir del primer cuarto de este siglo, se modernizó este modelo de ciudad criolla, "hidalga" a decir de Romero, puesto que dicho desarrollo nacional se ha dado manteniendo una situación estructural "heterogénea". Es decir, desarrollada de manera desigual, anárquica, poco integrada, tanto en lo económico —privilegiando a ciertas ramas y sectores de la economía y a ciertas regiones en detrimento de otras—, como en lo político y cultural, tendencias que se profundizaron con el desarrollo industrial y de modernización capitalista dependiente a partir de los años cuarenta.

En nuestro país dicho proceso de concentración económica y centralización del poder económico y político se remonta al período del porfiriato (1876-1910) y se acelera durante la reconstrucción del país y la industrialización de un nuevo proyecto nacional luego de la Revolución de 1910.

Como atinadamente lo señala Gustavo Garza, después de la revolución de 1910 y con la consolidación del capitalismo en México, la ciudad capital del país surge como el centro urbano con mejor infraestructura, mejores servicios y mercados y con mayor disponibilidad de capital; es por tanto el lugar donde más se favorecía el desarrollo industrial. Tal proceso es esti-

mulado por los gobiernos federales; por su política de distribución geográfica de la inversión pública que beneficiaba principalmente a la capital.⁴

A partir de 1940 el proceso de desarrollo industrial se aceleró notablemente en México por la vía de la industrialización sustantiva de importaciones como el eje central y dinámico de la economía. Este proceso trajo consigo mayor dependencia del exterior, una desigual distribución del ingreso, grandes diferencias entre la ciudad y el campo⁵ y entre las grandes y pequeñas ciudades, y una más profunda concentración en el área urbana de la ciudad de México, lo cual provocó mayores desigualdades regionales y frenó el crecimiento nacional integrado.

Este proceso de concentración económica en la ciudad de México estuvo acompañado de un continuo aumento en las tasas de crecimiento demográfico, que entre 1940 y 1970 registran un 0.5% de crecimiento anual, casi duplicando su población cada diez años.⁶

Desde 1960 se desbordan los límites del Distrito Federal, convir-

tiéndose en área metropolitana con una importante zona periférica. Este crecimiento gigantesco de la ciudad de México impulsado por la industrialización ha conducido a la formación de un sistema de ciudad "macrocefálica".

La concentración industrial es tan desproporcionadamente alarmante que en una superficie de uno por ciento del territorio nacional que ocupa la capital, se asienta alrededor del 52 por ciento de las actividades industriales del país en el momento actual.⁷

A la concentración industrial y la desequilibrada distribución territorial de la población⁸ y de las actividades económicas, además de la concentración del poder político, cuestión que resaltaremos más adelante, se pueden agregar problemas concomitantes como son el de la escasez de vivienda, la falta de servicios básicos para toda la población, el caos vial, la insuficiencia del transporte público, la contaminación ambiental, el desempleo y subempleo, la subalimentación de la población, la marginalidad y otros problemas similares, que van desde lo económico hasta lo psicológico.

Este modelo de crecimiento urbano es muy similar al seguido por otras ciudades de la región latinoamericana que empezaron a crecer vertiginosamente, sin plan ni proyecto definido, configurándose a

4 Garza, Gustavo. "De Tenochtitlan a una Megalópolis". *Diálogos*. No. 77, sep-oct 1977. COLMEX, México. pp. 28-29.

5 Las actividades agrarias son afectadas negativamente al disminuir productividad, generándose desempleo y subempleo, alimentando así la constante migración a las ciudades.

6 Para 1940 la ciudad de México contaba con 1.6 millones de habitantes incrementándose a 2.9 m de h en 1950; 5.2 m en '60; 8.9 m en '70, alrededor de 14.4 m en '80 y aprox. 18m de h para 1986, en la zona metropolitana. Con respecto a la población nacional, ésta ascendía hacia 1980 a 67 mill. aprox., de los cuales 23, o sea, la tercera parte del total, vivían en el D.F., Edo. de México, Jalisco y Nuevo León. Héctor Leal. "Concentración industrial y urbana en México". *Excélsior*. 23 sept. 1985, pp. 2 y 5 secc. F. Información extraída de fuentes oficiales, principalmente el Consejo Nacional de Población.

7 Garza G. "Dinámica industrial y perspectivas de descentralización". *Diálogos*. No. 131. nov. 1985, COLMEX, México. pp. 3-8.

8 El crecimiento demográfico del Edo. de México en sus límites con el DF es de 600 mil personas al año, lo que supera el crecimiento conjunto del DF, Guadalajara y Monterrey. Con control del crecimiento demográfico, para el año 2000 habría: 24 mill. en la zona metropolitana 100 mill en todo el país; sin control del crecimiento: 30 mill y 130 m respectivamente, con la macrocefalia más crítica del mundo. V. Payán y A. Garza. *Excélsior*. 30 nov. 1985, pp. 23 A.

ratos como "ciudades modernas" otras como caóticos conglomerados de pueblos, de barrios de variada prosapia, marcando claras diferencias entre los de clase alta, clase media o clase trabajadora, y contando con los extendidos cordones de miseria como lo son las ciudades perdidas que rodean a la ciudad de México, las llamadas callampas en Chile, favelas en Brasil, cantegriles en Uruguay y barriadas en Lima y Caracas.

Es por todo lo anterior que las consecuencias de los sismos de septiembre en la ciudad de México, sintetizan todos los problemas derivados de un modelo urbano y de las contradicciones que conlleva, y es un fenómeno aleccionador para el conjunto de la región latinoamericana. No es casual entonces que en estas circunstancias cualquier desgracia natural asuma características de catástrofe nacional. Para decirlo de otra manera, las repercusiones del sismo que azotó a nuestra ciudad capital no sólo tienen que ver con el grado de intensidad del terreno visto en sí mismo como fenómeno natural, sino con decisiones de política urbana y económica que tienden a favorecer un modelo de crecimiento de desarrollo capitalista y dependiente basado en la industrialización monopólica y en la concentración urbano-industrial registrada en la ciudad de México a lo largo de su historia.

La centralización económica, política y cultural; la macrocefalia urbana; la falta de focos de desarrollo en el interior de nuestros países; el modelo de desarrollo industrial que define las formas que asume el espacio urbano en función de intereses minoritarios, entre otros elementos, señalan también las difusas fronteras entre fenómenos naturales y responsabilidades sociales y políticas, como se evidenció en el caso de México, con el terremoto de septiembre.

Ante el derrumbe de vastas zonas de la capital, tanto de casas habitación como de edificios públicos y privados con la lamentable pérdida de miles de vidas humanas, no sólo se habló en términos de grados en las escalas de Richter y Mercalli, sino también de responsabilidades, de corrupción, de centralización y burocratización, y hasta de antidemocracia e inconciencia. Elementos que ya antes del 19 de septiembre habían sido cuestionados, pero que cobraron un nuevo y especial interés.

Experiencias similares acaecidas en otros países latinoamericanos invitan a la reflexión. Recordemos, por ejemplo, un fenómeno reciente, donde lo natural y lo político se engarzan íntimamente: el 14 de noviembre de 1985, el volcán Nevado del Ruíz en Colombia hizo erupción arrasando pueblos enteros como el de Armero.

Una desgracia natural, en efecto, pero además de que pudo ser prevenida, sirvió para tapar con cenizas la otra desgracia, la del Palacio de Justicia, tomado a sangre y fuego el 7 de noviembre del mismo año, durante la cual se asesinó innecesariamente, entre otros magistrados a Alfonso Reyes Echandía, Presidente del Poder Judicial de Colombia y notable luchador por los derechos civiles y políticos y a importantes dirigentes del movimiento guerrillero M-19, que pretendían la publicación de los interrumpidos Acuerdos de Paz.⁹ Ambas desgracias pudieron ser evitadas, pues ambas fueron anticipadas: la erupción, con 11 meses. Máx Henríquez, meteorólogo de la televisión colombiana, alarmado por la tranquilidad de la población

ante los avisos que daba el volcán, hizo un reportaje de la situación y de lo que podría ocurrir, pero los fuertes intereses de la región; por un lado, la importante industria turística del lugar, y por otro, los ganaderos y terratenientes, lo acusaron de alarmista y lo conminaron a volver a sus pronósticos del tiempo.¹⁰

Como en la novela de García Márquez:

"...nunca hubo una muerte más anunciada... La lluvia de cenizas volcánicas ocultó las turbias nubes que quedaron flotando después del arrasamiento del Palacio de Justicia, de la misma manera que la masacre de las bananeras quedó relegada al olvido por las aguas que cayeron sobre Macondo, donde llovió cuatro años, once meses y dos días".¹¹

II. De las formas de la sociedad civil y la movilización ciudadana

Uno de los muchos fenómenos sociales y políticos que se manifestaron con el terremoto del 19 de septiembre fue la irrupción de miles de ciudadanos organizados espontáneamente para brindar su ayuda, al margen de las instituciones públicas —que en un primer momento, o bien, fueron insuficientes, o bien tomaron la decisión política de no intervenir— y, asimismo, al margen de grupos organizados e instituciones como partidos, sindicatos, universidades, etcétera.

Lo que profusamente se dio en manejar en la opinión pública na-

9 Curiosamente el 27 de junio de 1985 el Consejo de Estado presidido por Reyes Echandía declaró culpable de torturas al Ministro de Defensa Miguel Vega Uribe, responsable de la acción. ALASEI. "La Guerra y la Paz". *El Día*, 15 de noviembre de 1985. p. 17.

10 Márquez, R. "Campaña de autoridades y hoteleros contra quienes advirtieron una posible tragedia en Colombia. *Uno más Uno*. 26 de noviembre de 1985, p. 20

11 ALASEI, "Una muerte anunciada y evitable". *El Día*. 23 de noviembre de 1985, p. 16.

cional como la irrupción de la sociedad civil, para calificar la masiva y solidaria reacción de los ciudadanos, se convirtió en sujeto del discurso político, de los medios de comunicación, de las conversaciones callejeras.

Y, en efecto, aún con las primeras impresiones después del terremoto, aún con los derrumbes ante nuestros ojos alucinados y con el olor de la catástrofe, fue muy vasta esta movilización espontánea de la población.

Mientras Octavio Paz descubría la otra cara del pueblo mexicano, otros se descubrían a sí mismos y otros más descubrían formas alternativas de organización. Estas primeras impresiones dieron origen a que se hablara en términos de un tejido social, de una sociedad emergente, de rebeldía civil, de politización, de virtual toma de poderes, en suma, de sociedad civil:

"Del jueves 19 al domingo 22, lo más vivo en la ciudad de México fue la presencia de un nuevo protagonista cuyo nombre más adecuado es 'sociedad civil', pero que antes que nada, exige descripciones. Son las multitudes que en la primera jornada de solidaridad se vieron forzadas a organizarse por su cuenta, la autogestión que suplió a una burocracia pasmada... son las brigadas de voluntarios, los niños que acarrear piedras... los chavos-banda... las organizaciones de colonias populares... los grupos religiosos... las señoras que preparan comida... los médicos... los ingenieros... los héroes de los escombros..."¹²

Muchos analistas se quejaron del abuso y la falta de precisión con que se usó el concepto de "socie-

dad civil", que daba para todo y para todos, pues como señaló Francisco Javier Guerrero: "Actualmente, todo el mundo es gramsciano, incluyendo a los empresarios de Monterrey, y la cantinela sobre la sociedad civil se usa hasta la saciedad..."¹³

Creemos que, en efecto, es necesario clarificar el concepto, sobre todo en aras de una reflexión más a largo plazo y más precisa de los fenómenos sociales y políticos que el sismo provocó. La finalidad de tal tarea es encontrar su uso, tanto teórico como práctico, para lo cual también es válido y legítimo recuperar la forma en que se utilizó y popularizó, porque en la práctica sirvió como forma de identidad, de organización y de solidaridad para todos aquellos voluntarios anónimos que participaron y que se reconocieron unos a otros como miembros de la "sociedad civil".

Como señaló Carlos Monsiváis en su participación en las "Jornadas por la Vida, la Justicia y los Derechos Humanos (2 de diciembre de 1985, Centro Cultural Universitario, UNAM), cada sociedad, si quiere serlo, construye su propio lenguaje y en este caso la sociedad civil fue un eje unificador y cohesionador de formas específicas de solidaridad.

Así, junto al uso informal, práctico y legítimo del concepto, insistimos en añadir una precisión teórica, debido a que si algo afloró con estas muestras espontáneas de solidaridad fue justamente la precariedad de lo que en sentido estricto sería la sociedad civil en México. Como lo señala Luis Salazar:

"Lejos de asistir a una revitalización de la sociedad civil, hemos sido testigos de su enorme rigidez, fruto de su sometimiento cuasiabsoluto al poder polí-

tico... El hecho mismo de que la participación ciudadana ante la emergencia tomara formas puramente espontáneas e intersticiales, se explica en buena parte por el carácter antidemocrático de la propia sociedad civil"¹⁴

El concepto de sociedad civil está cargado de distintos significados, de ambigüedades que no pretendemos resolver, sino tan sólo establecer algunos criterios que permitan utilizarlo como categoría teórica para el análisis de la realidad.

Como dice Perry Anderson:

"Es indudablemente necesario enmarcar en el futuro un concepto nuevo e inequívoco (de sociedad civil)... Pero hasta que éste se halle al alcance, el término... sigue siendo un concepto *práctico-indicativo* necesario para designar a todas aquellas instituciones y mecanismos que quedan fuera de las fronteras del sistema estatal propiamente. En otras palabras, su función consiste en trazar una *línea de demarcación* indispensable dentro de las superestructuras políticas e ideológicas del capitalismo"¹⁵

Sociedad civil

Algunas disgresiones teóricas

Como sabemos, en Gramsci, la sociedad civil no es la esfera de las relaciones económicas (como fue considerada fundamentalmente por Marx) sino que se contrapone precisamente a éstas (aunque las supone) como sistema de instituciones superestructurales interme-

12 Monsiváis, Carlos. "Tras el sismo, manipulación, autoritarismo, minimización". *Proceso*. No. 465, 30 sep. 1985. México, p. 9.

13 Guerrero, Fco. Javier. "Sociedad Civil y organización política". *Excelsior*. 7 diciembre 1985. Cultural.

14 Salazar, Luis. "Sismo, Política y Gobierno". *El Cotidiano*. Año 2 No. 8, nov-dic. 1985, UAM Azcapotzalco. Div. Ciencias Sociales, p. 20.

15 Anderson, Perry. "Las Antinomias de Gramsci". *Cuadernos Políticos*. No. 13, jul-sep. 1977. México, p. 27. Los subrayados del autor.

diarias entre la economía y el Estado. La sociedad civil se erige entre la estructura económica y el Estado.

El concepto de hegemonía se vuelve clave en esta distinción o relación entre Estado-economía, pues para Gramsci, cada sociedad civil es un sistema hegemónico particular, resultado de una compleja relación de fuerzas.

La hegemonía es la capacidad de una clase de ser no sólo dominante (lo cual se lo da el control que tiene sobre los medios de producción y sobre el aparato burocrático militar) sino también "dirigente", lo que implica que no sólo es la dominación la que se ejerce como afirmación de un estricto interés corporativo o por medio de la coacción pura, sino que la hegemonía o capacidad dirigente abarca el conjunto de las relaciones entre los intereses del grupo dominante con grupos aliados y subordinados.

La hegemonía, la capacidad de representar el "interés general" por parte de la clase dominante, es resultado de un devenir histórico que abarca no sólo lo político, sino que además es un hecho cultural, moral, es decir, una "concepción del mundo" que expresa la forma en que está organizada la sociedad civil.

De ahí que la capacidad hegemónica tiende a construir una unidad de fuerzas sociales y políticas, diferentes entre sí pero que se mantiene cohesionada a través de instituciones políticas, ideológicas y culturales, involucrando todos los niveles de la sociedad. Las instancias de la sociedad civil, los organismos "vulgarmente llamados privados", contienen en su interior el despliegue de una relación de fuerzas, de las cuales resulta el proceso de construcción hegemónica.

Volviendo a la propuesta de Anderson, creemos necesario conservar la distinción entre economía, sociedad civil y Estado, concientes

de que es una distinción teóricamente problemática, aún en el mismo Gramsci. Distinción no obstante necesaria que, sin embargo, no debe perder de vista el papel global del Estado en la sociedad y la unidad intrínseca de ésta, en la cual el Estado capitalista mismo es el eje de sus funciones no sólo económicas, sino también ideológicas, políticas y represivas sintetizando la relación de fuerzas existentes en la sociedad.¹⁶

Tal distinción permite establecer las fronteras del Estado y tener un instrumento teórico con el cual definir el conjunto de instituciones superestructurales que se erigen entre la economía y el Estado, lo que requiere de un análisis puntual de las fuerzas sociales y políticas que dan cuerpo a esta relación.

Recuperación del concepto de sociedad civil para un análisis concreto. El caso de México

Si estamos de acuerdo en que el concepto de sociedad civil es útil para analizar a las instituciones y formas de organización no estatales y no económicas de toda sociedad capitalista, hablar de sociedad civil es referirse entonces a las formas de organización social en donde se expresan variados intereses y perspectivas sociales, políticas, ideológicas, culturales, así como la

capacidad de expresarlos y negociarlos a distintos niveles. Para decirlo en otras palabras, el conjunto de clases y grupos sociales de una determinada formación social buscan distintas formas de organización (que van desde asociaciones, comunidades, gremios, clubs, pasando por grupos feministas, ecologistas o por reivindicaciones sexuales; organizaciones representantes también de intereses étnicos, culturales hasta partidos y sindicatos) para representar sus intereses, según el grado de conciencia que tengan sobre los mismos, con el objeto de buscar acciones concertadas y luchar por ellos.

Según Portantiero, el poder en la sociedad capitalista actual justamente se sostiene mediante pactos constitutivos entre aquellos grupos que logran movilizar los suficientes recursos como para constituirse en actores sociales y transformarse en relevantes políticamente.¹⁷

Por lo antes dicho, no se puede suponer que la sociedad civil constituye un bloque homogéneo, sino un campo bastante heterogéneo de intereses y perspectivas, por lo cual estas distintas formas de organización, por sí solas, tomadas de manera separada, no están desafiando al poder establecido.

Sin embargo, a raíz del sismo de septiembre, diversos medios de comunicación públicos y privados y variados sectores de la población, tendieron a manejar el concepto de sociedad civil como el marco de la actuación ciudadana en oposición al Estado.

Como lo señalaron Edmundo Jacobo y Luis Méndez:

"El ciudadano de la calle... fue dibujado como fuerza homogénea, sin reparar en clases, sec-

16 En realidad Gramsci no ofrece una respuesta unívoca al plantearse las relaciones entre Estado-sociedad civil-economía, pues a veces se refiere al contraste entre sociedad política-sociedad civil, como las sedes respectivas de dos formas de poder de clase (sociedad civil, sede de la hegemonía y sociedad política, del dominio directo); en otros momentos, la hegemonía queda dentro del Estado y no restringida a la sociedad civil (hegemonía política más hegemonía civil); en otra versión, la distinción desaparece (el Estado es dictadura más hegemonía). Ver Gramsci, A. *Cuadernos de la Cárcel*, Ed. ERA, 2 vols., México, 1980.

17 Portantiero, Juan Carlos, "Sociedad civil, Estado y Sistema Político", en varios autores, *Teoría y Política en América Latina*. (Juan Enrique Vega, coordinador). CIDE, México, 1983, pp. 200-1.

tores de clase, organizaciones, condiciones de vida e intereses. . ."¹⁸

Si el Presidente de la República sancionó esta idea al reconocer oficialmente a la sociedad civil; si los empresarios son "la" sociedad civil; si los ciudadanos movilizados también se consideraron a sí mismos la sociedad civil, es lógico que ésta apareciera como lo distinto y antagónico al Estado, aunque en un plano de generalidad y ambigüedad, que, como lo indicamos al principio, es necesario clarificar.

La sociedad civil no es una fuerza homogénea que surja y se enfrente o incluso rete al Estado, que se le oponga como la verdad a la mentira, sino que la sociedad civil se constituye en el campo global del Estado, donde se lucha por conservar la hegemonía dominante o bien por proponer una hegemonía alternativa.

Esto significa que las distintas instancias de la sociedad civil tienen un campo de acción determinado, se inscriben en un sistema hegemónico establecido, lo cual tampoco significa que sean meras extensiones del Estado, sino que son producto de tensiones, de conflictos, de contradicciones, de la necesidad de expresar distintos intereses, implicando correlaciones de fuerzas cambiantes.

Sociedad civil es por tanto el campo donde se despliegan todas estas luchas, las distintas formas de relación entre gobernantes y gobernados, los avances y retrocesos de los distintos sectores sociales por representar sus intereses con variados grados de autonomía y/o dependencia y subordinación.

El problema entronca entonces con el de la democracia, en tanto que disputa por la hegemonía, con

el de la participación, con la capacidad de conquistar derechos ciudadanos a través de la sociedad civil.

En nuestro medio conviven sindicatos, partidos, gremios, asociaciones, universidades, grupos organizados que tienen una presencia específica e institucional, pero se trata de una sociedad civil poco vigorosa y poco democrática, como quedó patente en la experiencia social que estamos analizando.

Esta situación tiene antecedentes históricos que la explican. El Estado mexicano moderno, surgido de la revolución mexicana, en su proceso de institucionalización hubo de enfrentar varias tareas que en lo social significaba desarmar a la masa campesina movilizada e incorporarla al nuevo proyecto nacional junto con los nuevos sectores obreros surgidos al calor del desarrollo capitalista y combatir a los caudillos y a los poderes regionales reactivados por la revolución.



Dichas tareas fueron emprendidas fortaleciendo al ejecutivo y consolidando un proceso hegemónico, de configuración de un proyecto nacional-popular a partir de la ideología del nacionalismo revolucionario, siendo el sistema de organización social corporativo en el eje de dicho proceso.

Así se fue constituyendo la sociedad civil. Dentro de ella se pueden distinguir en un primer nivel, a una sociedad civil reconocida oficialmente, representada por grupos incorporados tempranamente a dicho proceso de institucionalización de la revolución mexicana, como los sindicatos obreros y campesinos, así como sectores de la burocracia estatal y del magisterio —pilares del llamado sindicalismo oficial—. También se incluyen intereses gremiales, comerciales y empresariales, organizados en el ámbito del Estado y sus marcos institucionales, es decir, adscritos a él.

Pero en tanto que la sociedad civil no es algo estático, sino en constante movimiento, que se explica en los cambios económicos y políticos de la sociedad mexicana y de su forma de inserción en el sistema capitalista mundial, existe otro nivel de organización dentro de ella, es decir, un sector social no reconocido oficialmente, hoy marginado.

Dicho segmento no oficial representa intereses y perspectivas de nuevos grupos surgidos con el desarrollo capitalista, con el acelerado crecimiento de la ciudad en todos sus ámbitos y con la concentración económica, política, cultural y urbana, que tienden a organizarse al margen de las organizaciones sindicales, políticas e institucionales "tradicionales". Se trata de organizaciones para defender nuevos derechos ciudadanos, de lucha por la tierra, la vivienda, proyectos sociales, etcétera.

Y decimos sociedad civil no ofi-

18 M. Edmundo Jacobo y Méndez, Luis. "Buena... y después de todo ¿cuál sociedad civil?" *El Cotidiano*. No. 8, op. cit. p. 25

cializada ya que el sistema político mexicano ha buscado mantener como pilares de sustentación social a las organizaciones tradicionales reconocidas oficialmente y, por tanto, ha desalentado formas de organización que se apartan del esquema fundamental, ya sea por medio de la represión, la cooptación o la marginación.

Tales son los marcos de acción en que han tenido que organizarse y luchar tanto los nuevos movimientos sociales, urbanos y de otro tipo, como los grupos y organizaciones con más tradición pero con formas de organización independiente que abarcan un variado rango de intereses—como por ejemplo los movimientos democratizadores de los ferrocarriles, los maestros, los electricistas, el movimiento estudiantil del 68, otras formas de sindicalismo independiente, hasta los gremios de los intereses de fracciones de la burguesía más ligada al capital transnacional.

Es por eso que la sociedad civil en su conjunto cambia, se mueve, pero en límites muy estrechos caracterizados por el autoritarismo, la falta de democracia y la inelasticidad actual del sistema político mexicano. Este ha visto disminuir su capacidad material para hacer concesiones a los distintos sectores de la ciudadanía y se ha deteriorado su capacidad política para mantener o vigorizar los pactos constitutivos donde descansa la legitimidad del Estado.

Los voluntarios que acudieron a ayudar a sus conciudadanos lo hicieron no convocados por su partido, por su sindicato o institución, sino en calidad de ciudadanos o de profesionistas que, como los arquitectos, ingenieros, doctores, pudieron organizarse e insertarse más rápida y eficazmente en las labores que la emergencia requería. Sin duda participaron organizaciones independientes previamente constituidas, con tradición de ayuda co-

munitaria, pero también se vieron rebasadas por la organización ciudadana espontánea.

Todo lo anterior demuestra la falta de democracia existente en los canales de participación oficiales, dado que no responden a los nuevos problemas y necesidades de una estructura social compleja que tiende a generar demandas distintas por parte de ciudadanos de una gran metrópoli como la nuestra, los cuales a su vez tienden a organizarse, sí, pero de manera aún insuficiente en cuanto que no ofrecen todavía la canalización de dichas demandas de una manera más general, más articulada a proyectos nacionales.

Sin duda, más allá de la movilización espontánea, el sismo en México y sus repercusiones sociales y políticas ha mostrado un conjunto de problemas pero también ha dejado muchas enseñanzas en términos de organización, de expansión y de fortalecimiento de la sociedad civil. ¿Qué quedó luego de la situación de emergencia?

Con la recuperación de la cotidianidad, empiezan a diferenciarse las reacciones más inmediatas y espontáneas de la población, de la vitalidad de organizaciones populares propiamente dichas, que, o bien surgieron como producto de las secuelas del sismo, o que ya existían y se fortalecieron con la movilización que sacudió a toda la sociedad.

Entre las organizaciones surgidas de las entrañas del terremoto y sus secuelas, podemos destacar al Sindicato Nacional de Costureras 19 de septiembre¹⁹ que aunque san-

cionado oficialmente en la cresta de la *mea culpa*— ha tenido que enfrentarse a la opción de quedar dentro de los marcos rígidos de la sociedad civil oficializada, y por tanto como mero rótulo, o construir verdaderamente un sindicato—manteniendo en este sentido un pie en la sociedad civil oficializada y otro en la marginada—teniendo que enfrentar con firmeza los intentos de cooptación, de asfixia, de aislamiento, y hasta la represión abierta.

También varias cooperativas y organizaciones de barrio exigieron su reconocimiento, destacándose la Coordinadora Unica de Damnificados, CUD, que agrupa a varias uniones vecinales, con o sin previa organización.

¿Cuáles son los alcances de estas nuevas formas de organización? La CUD, por ejemplo, calculó aglutinar a cerca de 30 mil personas, organizadas en 25 uniones o asociaciones de diversas colonias. Lamentablemente hasta el momento de terminar este artículo no contaban con un censo, y tampoco aglutinan a todos los damnificados.

Se puede decir que en general y aún más allá del momento en el cual surgen estas reflexiones, las nuevas uniones de damnificados (a diferencia de organizaciones preexistentes) tienden a ser movimientos muy heterogéneos, y, por la especificidad de sus distintas demandas, no han podido concertar objetivos de más largo alcance, pues surgieron para enfrentar demandas muy inmediatas y a veces muy restringidas a su barrio o colonia.

La amplitud del movimiento se expresa en las distintas reivindicaciones y líneas de acción que se han planteado en los llamados Congresos Nacionales de Reconstrucción Democrática que van desde

19 Las costureras, que trabajaban con salarios por debajo del mínimo y en condiciones deplorables a todo nivel, fueron uno de los sectores más afectados de la población al derrumbarse con el sismo gran parte de sus fuentes de trabajo, quedando al desnudo una problemática que dio lugar a la primera forma de organización a nivel nacional de esta actividad, a

pesar de la oposición activa de los empresarios de la misma.

exhortaciones a realizar marchas tanto a la casa presidencial de Los Pinos y la Basílica de Guadalupe, como a exigir ampliación del decreto expropiatorio, vivienda y programas concretos de reconstrucción y financiamiento.

Para superar las limitaciones antes señaladas, dichas organizaciones tendrían que transitar hacia formas más orgánicas de integración y buscar alianzas con otras organizaciones sociales y políticas e incrementar su capacidad de articular demandas más generales, así como de insertarse en lo que ha sido el movimiento urbano y popular a nivel nacional, en su lucha por la democratización y participación que se dan en el terreno de la sociedad civil y el Estado.

Es por eso que deben abrirse posibilidades a estudios de más largo aliento que recuperen la historia de lo que ha sido el movimiento urbano y popular, sus antecedentes, sus formas de organización independiente a nivel de movimientos campesinos, indígenas, obreros, municipales, urbanos, populares, por ejemplo, la Coordinadora Nacional del Movimiento Urbano y Popular, CONAMUP, que ha logrado cierta articulación regional y nacional y cierta permanencia.²⁰

Sin duda, de las movilizaciones ocasionadas por los sismos se pueden extraer experiencias muy valiosas en cuanto a formas distintas de organización y lucha.

Los sismos trajeron la reivindicación del barrio y de sus necesi-

dades, la búsqueda de formas de reconstrucción autogestivas, emergiendo con ello formas comunitarias, de solidaridad, de ayuda mutua, de cooperación y de trabajo colectivo.

Es importante hacer referencia a las uniones de vecinos de más larga tradición como los de Tepito, los de la colonia Morelos, los de la Guerrero, por citar algunos, la mayoría ubicados en el centro de la ciudad.

Un caso muy significativo que se mencionó en un seminario universitario organizado para analizar los problemas y las secuelas de los sismos²¹: la Unión de Inquilinos y Vecinos del Centro ha vivido un proceso que ha impulsado nuevas formas de organización y actividad, siendo para muchos su primera experiencia en este sentido.

En esa organización participan aproximadamente 60 vecindades (900 familias con 5 500 personas) y han transitado de formas que primero eran espontáneas y verticales hacia formas más "horizontales", más democráticas. Dichos cambios se han expresado, por ejemplo, en la formación de asambleas de representantes, comisiones de prensa, comisión técnica, jurídica, de salud, femenina, y en la búsqueda asimismo de unión con otras vecindades o colonias.

Lo anterior es algo que puede generalizarse a otros lugares donde la gente ha tenido que organizarse para defender sus derechos.

Hay algo también que ha llamado la atención a muchos analistas y fue la recuperación de ciertas tradiciones culturales que sirvieron como forma de cohesión, con contenido político.

Por ejemplo, señalemos las ofrendas de muertos y la velación

celebrada en la Plaza central de la ciudad de México el 2 de noviembre de 1985, donde viejas tradiciones adquirieron nuevos contenidos; y así, en otros casos, junto a la realización de "posadas" (festejos con motivo de la navidad) y de "rezos colectivos del rosario", también se organizaron marchas y plantones, siendo todas estas formas de colectivizar una lucha concreta y una manera de recuperar la ciudad, sus costumbres y usos populares.

Hay otro caso muy significativo para los habitantes del Distrito Federal. Se trata del Barrio de Tepito, combativo antes y después del sismo, símbolo también de las formas de resistencia frente a los embates de la modernidad, de los ejes viales (grandes avenidas para la circulación del transporte en general), y de la lucha por defender esos espacios vitales.

Jean Robert en sus conversaciones con Gustavo Esteva²² señala que frente al México vertical, frente a la tendencia de crecer hacia arriba, existe el México de los barrios populares, la tendencia a una especie de reapropiación popular del espacio, de urbanismo popular que se desarrolla frente a la "estupidez urbanística moderna".

Gustavo Esteva señala cómo en Tepito ha podido observar el comportamiento "informal" de los barrios marginales, enfrentados a la necesidad de improvisar para poder moverse en su territorio libremente, con elasticidad, de una manera opuesta al comportamiento burocrático.

"La informalidad es estricta condición de supervivencia... los 'marginales' imprevisibles ellos mismos en su comportamiento... son particularmente

20 Para un análisis más detallado de la historia del movimiento urbano y popular ver: León, Samuel y Marván, Ignacio. "Movimientos sociales en México (1968-1983) Panorama General y Perspectivas". *Estudios Políticos*. Nueva época, vol. 3, abr-junio 1984, No. 2, FCPYS/SEP; y Rodríguez V., Daniel. "La importancia del MUP en el Valle de México", *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*. No. 113-114, Nueva época. UNAM, jul-dic. 1983.

21 Participación del Arq. Sergio Tamayo en la Primera Jornada Académica sobre Educación, Sismo y Reconstrucción. UAM, Azcapotzalco, marzo de 1986.

22 Esteva, Gustavo y Robert, Jean. "Cómo dar forma a la esperanza". *El Gallo Ilustrado*. No. 1214, *El Día*. 29 septiembre de 1985.

aptos para lo imprevisible, la condición crítica, la emergencia. La conocen bien, viven en ella. Harán ante ella lo que hacen todos los días: improvisar informalmente, ejercer su inspiración imprevisible, hacer valer su autonomía convivial. Desde el 19 de septiembre se hicieron visibles".²³

Es mucho lo que hay que aprender de estas experiencias en cuanto a nuevas formas de organización y de actuación cooperativa, dispuestas a enfrentar los problemas de manera colectiva y democrática, aunque sin perder de vista que en sí no son suficientes. Es decir, que se tienen que encontrar formas de articulación con proyectos que sean parte comprometida en la búsqueda de todos estos variados intereses que afloraron con el sismo, pues, de lo contrario, sus alcances se vuelven muy limitados.

Tal es el caso de los barrios tan orgullosos de sí mismos como el de Tepito, donde existe cierta tendencia a considerarse como un islote alejado de la problemática social de miembros de otros sectores populares en igualdad de condición, —ya que, por ejemplo, cuentan con las simpatías y el apoyo de grupos internacionales— buscando la solución de sus problemas de manera muy restringida al barrio mismo. Como lo expresó Alfonso Hernández, "historiador del barrio":

"No somos marginados, ni pobres, ni proletarios. Somos tepiteños, es decir, hemos creado nuestra propia categoría".²⁴

Los esbozos anteriores no son de ninguna manera análisis exhaustivos

de una situación muy compleja, simplemente muestran a una sociedad civil en cuyo interior se despliegan diversas opciones de organización y participación que sólo pueden florecer en un ámbito más democrático. En este sentido es muy importante pasar al análisis de las mediaciones estatales, ámbito donde se puede disputar esa democracia.

III. De las relaciones entre la sociedad y el estado en un momento de crisis.

La desgracia ocurrida el 19 de septiembre provocó el terror y el desamparo, la sensación colectiva de inseguridad ante la naturaleza desatada y violenta. También fue un momento de agudo autoconocimiento social: hizo aflorar nuevas preguntas y nuevas actividades con respecto a nuestra ciudad, nuestro país y nuestro gobierno.

Convencidos de que las crisis sociales constituyen un momento privilegiado para el análisis sociopolítico y para el desarrollo de la conciencia social, nos hemos abocado a reflexionar sobre las repercusiones políticas de esta experiencia.

Los protagonistas de la crisis social súbitamente rompen su aislamiento, su distancia del conjunto social, para integrarse en la totalidad, intensificada a partir del asunto clave de la situación de crisis. Los problemas urbanos y los referidos al conjunto de aspectos del desarrollo nacional se transforman, de cuestiones de especialistas, en asuntos de interés general sujetos a la discusión pública.

Las siguientes argumentaciones de René Zavaleta, a quien rendimos póstumo homenaje en este foro, expresan esta idea, aún cuando estén referidas a crisis más grandes, de carácter nacional general, de las formaciones sociopolíticas atrasadas:

"... la crisis es a la vez el desgarramiento y la universalidad. Las clases inertes o receptoras se escinden aquí de la unidad autoritaria... y, por consiguiente, la crisis alcanza a la universalidad de los sujetos del ámbito de la crisis, es decir, a todo el alcance político práctico de la sociedad y no solamente a los grupos integrados a los indicadores por cierto volátiles que se usan comúnmente para medir la participación.

... Lo que aparece es la desnudez de las clases y no la mediatización de las clases (la crisis es la crisis de la mediación). Las clases pues aprenden las dimensiones de su poder y la eficiencia de su poder no desde los análisis previos, que son todos incompletos, como consecuencia de aquellos límites cognocitivos de este tipo de sociedades en el momento de su quietud, sino a partir de su práctica; aquello que pueden y aquello que no pueden es lo que son. Aislamos la crisis y a partir de esta condensación o examen pragmático podemos recién evaluar... el recorrido previo de las clases... De aquí se derivan las cuestiones del momento del conocimiento, es decir, de la súbita capacitación del sujeto, que es la clase, para conocer lo que antes le estaba vedado, de la presentación "llena" de la sociedad que antes no se presentaba sino en su parte legalmente aceptada pero que sólo ahora se presenta como todo su número... el poder es, en último término, la unidad entre la posibilidad objetiva y la conciencia subjetiva de esa perspectiva".²⁵

Como consecuencia del terre-

23 Esteve, Gustavo. "¿La hora de la iniciativa social?". *El Gallo Ilustrado*, No. 1229. *El Día*, 12 enero de 1986.

24 Weiser, Teresa. "Esta semana comienza la reconstrucción en Tepito". *Uno más Uno*, 4 de diciembre de 1985, p. 12.

25 Zavaleta, René. "Movimiento obrero y ciencia social". *Historia y Sociedad*. No. 3, 1974. pp. 4 y 5.

moto no se produjo una crisis nacional general, sino una interrupción pasajera de la normalidad en la capital del país. Sin embargo, se apreciaron algunos de los fenómenos que señala Zavaleta. Entre otros, la crisis afectó prácticamente a toda la sociedad y no sólo a quienes forman parte de los indicadores que miden la participación social. Sobre todo se produjo la "súbita capacitación del sujeto... para conocer lo que antes le estaba vedado". Por lo anterior es que hemos desarrollado con este método algunas apreciaciones sobre la situación ocurrida en la capital del país a partir del terremoto.

La situación de emergencia que se produjo después del sismo introdujo cambios en la actitud de la gente y en el comportamiento del gobierno, cambios relevantes para intentar su examen. Buscamos analizar especialmente los efectos de la crisis en el espacio sociopolítico de la ciudad, en las relaciones entre el gobierno y la sociedad capitalina.

En primer lugar, cabe destacar que se modificó la normalidad de una burocracia exacerbadamente autónoma y autoritaria, que en los últimos años ha acentuado una política antipopular. Además de la creación de comisiones burocráticas de emergencia nacional y del Distrito Federal a los días del sismo, se crearon las Comisiones Nacional y Local de Reconstrucción, con el planteamiento presidencial de que:

"La reconstrucción implica renovación. Reitero que no se trata de volver al punto de donde partimos, reponiendo simplemente lo destruido, sino de transformar la realidad en beneficio del hombre y reorientar el destino nacional".²⁶

26 "Discurso pronunciado por el presidente De la Madrid al instalar la Comisión Nacional de Reconstrucción", en *Perfil de la Jornada* 10 de octubre de 1985, p. 15

Dichas comisiones fueron el reconocimiento por parte del propio gobierno de su separación de la sociedad. Significaron en los hechos una decisión de sustituir al parlamento de una posible participación, y una política que muestra que en la idea del gobierno, los diputados no son los representantes de la sociedad con los cuales se debe dialogar y decidir:

"Hoy se instala la Comisión Nacional de Reconstrucción que será el órgano de diálogo, consulta y concertación, donde el Gobierno recogerá las aportaciones de los ciudadanos, los grupos y las organizaciones sociales para fortalecer en la reconstrucción la democracia, las libertades y las instituciones de la Nación".²⁷

¿Por qué un nuevo órgano de mediación entre los ciudadanos y el gobierno? Si el gobierno no se apoyó en las Cámaras es porque no reconoce en ellas la expresión del sentir de la sociedad y, sobre todo, porque no desea darles representatividad real. Es decir, no desea modificar el presidencialismo prevaleciente. Se trata entonces, de la búsqueda de canales "no peligrosos" para el sistema, de recuperación de consenso en una situación de crisis.

Los primeros resultados de la labor de estas comisiones, especialmente los que competen al Comité de Reconstrucción del Área Metropolitana de la ciudad de México, fueron señalados periodísticamente el 14 de febrero del presente año, y publicados en forma sintética el 7 de marzo. Tan sólo en los subcomités que integran este comité se realizaron 86 reuniones y participaron en forma permanente 580 personas. Según el despliegado de información del propio Comité "participaban representantes obreros, campesinos, profesionales y

27 Ibid.

estudiantes, así como de la población damnificada, de los partidos políticos y del Consejo Consultivo de la Ciudad de México.²⁸ De manera inusitada, y tal vez provocada por la variedad de participantes y por la situación creada por la crisis urbana, el subcomité de descentralización de actividades concluyó en la necesidad de la democratización del Distrito Federal:

"El D.F. no es un departamento administrativo y, por tanto, debe recobrar sus facultades gubernamentales y administrativas como entidad política de la federación".²⁹

También se hace un llamado urgente a la democratización nacional, que revierta el proceso de centralización política, económica y cultural del país, y de concentración poblacional en la capital:

"La democracia —dice el documento emitido por este subcomité— es el fin supremo de todas las manifestaciones del pueblo y toda la acción pública privada o social, debe estar dirigida a la realización de esos fines, y en consecuencia, es tarea primordial evitar la concentración del poder, sea político, administrativo, económico o cultural, en órganos, grupos, personas o regiones".³⁰

Como se puede constatar, la Comisión de Reconstrucción se convirtió en la expresión formal de una demanda popular hasta entonces no reconocida por el gobierno: La urgencia de la democratización del Distrito Federal y de profundizar las reformas políticas en el país.

Un segundo fenómeno relevante fue la comparecencia continua en

28 "El Comité de Reconstrucción del área metropolitana de la ciudad de México informa a la opinión pública", *La Jornada*, 7 de marzo de 1986, pp. 16 y 17.

29 *La Jornada*, 14 de febrero de 1986. Primera plana.

30 Ibid.

la televisión de los diversos secretarios de Estado y del Regente de la ciudad. La población del Distrito Federal y del país pudo escuchar directamente el modo de pensar de los funcionarios públicos y pudo evaluar su manera de actuar. Esto permitió el desarrollo de un juicio ciudadano, de una opinión personal sobre quienes dirigen, normalmente ocultos a traspuesta, al país. Fue notorio el caso de la Secretaría de la Defensa. El plan de emergencia del ejército ante desastres (Plan DN-3) quedó al descubierto ante la conciencia ciudadana como absolutamente inoperante para enfrentar el desastre. Se reducía básicamente al acordonamiento y vigilancia de edificios dañados y al transporte de cadáveres.

Es posible que el ejército hubiese podido actuar de una manera más efectiva tanto técnica como organizativamente, sin embargo, en la medida en que se trata de una institución burocrática cupular, situada al margen de la población y acostumbrada a evaluar y a actuar ante las circunstancias por la vía de la fuerza, fue mejor que se mantuviese marginado. Correspondería al Presidente tomar una decisión política significativa para enfrentar el desastre en el momento en que se requerían acciones organizadas, con capacidad técnica, de amplia participación ciudadana y de acción rápida, para salvar vidas, atender heridos, reubicar a la población damnificada, recuperar bienes y maquinaria, apuntalar viviendas afectadas, etcétera. La situación fue de tal gravedad que exigía incautación temporal de máquinas, edificios, terrenos, instrumentos, expertos, y permitir y propiciar la organización de los ciudadanos para una actuación eficaz. Una decisión política de esa naturaleza hubiese implicado un enfrentamiento con los empresarios y los grupos de poder que se han beneficiado con el actual desarrollo eco-

nómico y político. El gobierno prefirió no adoptar esa resolución. Al no asumir el problema, se quedó como paralizado ante las circunstancias y por eso la sociedad civil no oficial, la ciudadanía actuando espontáneamente, tomó en sus manos la emergencia. Hizo lo que pudo para salvar la vida propia, de sus familiares y vecinos, para recobrar a sus muertos y para subsistir sin sus viviendas y sin su empleo. La actividad gubernamental se redujo en un primer momento a auxiliar colateralmente a la población en movimiento. En tanto, en la población quedó el recuerdo de su movilización espontánea y se profundizó la distancia con la burocracia política del país.

El propio Regente de la ciudad de México reconoció esta situación en un pronunciamiento público:

"El jefe del Departamento del Distrito Federal, Ramón Aguirre Velázquez, reconoció que la falta de seguimiento en las acciones para el mejoramiento de la ciudad ha provocado un distanciamiento entre el pueblo y gobierno: por ello dijo, el sismo de septiembre pasado 'nos ha sacudido la conciencia' ".³¹

Obligado por el descontento popular, el gobierno federal tomó determinadas medidas democráticas y populares que evidentemente *no corresponden* a su política general. La medida más importante que causó estupor fue la expropiación de cerca de 6 mil predios para reconstruir ahí viviendas populares y entregarlas a damnificados, junto con la creación del programa de Renovación Habitacional Popular. Otra medida sorprendente fue la legalización del Sindicato Nacional de Trabajadores de la Industria de la Costura, Confecciones, Vestidos,

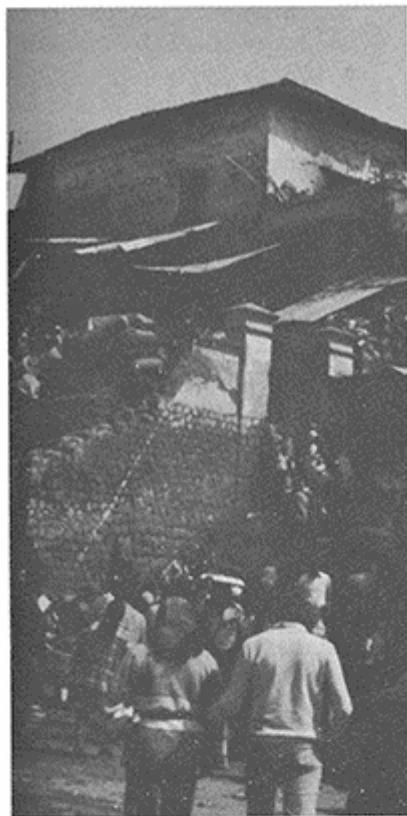
Similares y Conexas "19 de septiembre". De esta misma tónica fueron las medidas publicadas en el Diario Oficial del 14 de febrero de 1986 para combatir de inmediato la contaminación ambiental en la ciudad capital.³²

Otro fenómeno que trajo consigo la crisis sísmica fue el reconocimiento presidencial de múltiples asociaciones de la sociedad civil no oficial: el Presidente recibió a brigadistas voluntarios, a sindicalistas independientes, a asociaciones de los más variados tipos de profesionistas. De alguna manera el Presidente fue más allá del puro reconocimiento: aceptó los puntos de vista nuevos y contradujo los que él y sus propios funcionarios habían expresado públicamente. Octubre de 1985 fue un mes extraordinario en ese sentido: Reconoció la validez de las demandas de la Coordinadora Unica de Damnificados y de las uniones de vecinos; los puntos de vista de los representantes no oficiales de los barrios y vecindades de Tepito y de la colonia Guerrero, la opinión de los médicos con relación a la reapertura del Hospital General, los dictámenes de la Asociación de Ecología, y hasta las opiniones de algunos artistas y escritores. Por un momento la sociedad civil no oficial intervino en la vida política. Se hizo presente con propuestas, soluciones, con el ejercicio audaz de la democracia. La embriaguez de la acción ciudadana de rescate y solidaridad se expresó como un torrente social participante que exige y logra intervenir en el quehacer urbano. El Presidente de la República no hizo más que reconocer en un discurso tal fuerza ciudadana:

"Las enormes y complejas consecuencias del sismo no pueden ser enfrentadas única-

31 *La Jornada*, 19 de febrero de 1986. Primera plana.

32 "21 acciones contra la contaminación", Decreto presidencial publicado en el *Diario Oficial*, 14 de febrero de 1986.



mente por el gobierno; las acciones de emergencia dieron muestra de la capacidad de movilización, vitalidad y sentido de solidaridad de nuestro pueblo. En la reconstrucción habremos de mantener ese impulso".³³

Ante la fuerza de las circunstancias la sociedad se expresó a plenitud. La parte de la sociedad civil oficialmente sancionada, en lo fundamental las organizaciones sindicales y empresariales, fueron temporalmente rebasadas por la actividad de la mayoría de los habitantes de la ciudad: por los empleados, profesionistas, obreros, intelectuales, jóvenes, estudiantes, amas de casa, pequeños y medianos empresarios, etc. Esta sociedad ci-

vil no oficial se mostró audaz y dio un salto al poder que quedó presente como fantasía colectiva, ilusión de un gran momento. Quedó, como vestigio de esos días, un cambio significativo en la conciencia de la mayoría de los ciudadanos de la urbe sobre su papel en la vida de la ciudad.

Quedan también algunos logros producto de la crisis: una conciencia social más clara sobre el desarrollo equivocado de la ciudad y sobre las limitaciones del gobierno; quedan también nuevas fuerzas organizadas de la sociedad: uniones de damnificados, asociaciones de barrio, nuevos grupos de profesionistas, un Sindicato Nacional de costureras; sigue vigente la expropiación decretada y está planteada la demanda de la sociedad y la promesa formal del gobierno de abrir paso a la democratización del Distrito Federal.

IV. Conclusiones. La vuelta a la normalidad

"...si todo el esfuerzo se va a petrificar en un conjunto escultórico, estamos jodidos".³⁴

La vuelta a la normalidad se ha instalado entre nosotros. Si la movilización ciudadana fue reconocida en el discurso oficial, lo cierto es que no ha habido voluntad, deseos o capacidad para encauzar otras formas de organización y movilización social distintas a las que hasta ahora han privado.

A los ciudadanos se les reconoció, aplaudió, premió y despachó a su casa, pero por mencionar un ejemplo, no se ha materializado su incorporación en las labores de reconstrucción, salvo en ciertos casos en donde esta participación ha sido impuesta por los afectados.

Quedó demostrado con los terremotos de septiembre la vulnerabilidad extrema en la que vivimos los habitantes de esta gran urbe, donde todo, cualquier cosa, se puede volver catástrofe.

Existe la idea en sectores importantes de quienes dirigen al país de limitar las tareas de la reconstrucción y reorientación nacional a una vuelta disfrazada a la situación prevaleciente antes del sismo (con el añadido de algunos jardines que oculten la fealdad de edificios derruidos). El argumento básico de esas propuestas es la carencia de recursos en el contexto de la actual crisis económica por la que atraviesa el país.

Por otra parte, ¿de dónde van a salir los fondos para la reconstrucción, ahora que además nuestra situación empeora con la caída de los precios del petróleo? El ex subsecretario de Desarrollo Urbano y Ecología, Roberto Eibenschutz, lo dijo claramente: "no va a haber recursos para reconstruir".³⁵

A pesar del discurso oficial para lograr la descentralización y desconcentración, es evidente en algunas políticas que se están aplicando, una falta de comprensión real de las causas que produjeron el fenómeno de macrocefalia que hoy se plantea revertir. Por otro lado, hay quienes piensan que ejecutando medidas superficiales puede resolverse un problema cuyas dimensiones en la realidad son mucho mayores de lo que ellos consideran.

La necesidad de descentralizar y desconcentrar había sido manifestada por el gobierno federal ya antes del sismo. Con el fin de llevarla a cabo, se realizaron los Planes Nacionales de Desarrollo, a partir de principios de la década de los 70's, para estimular las inversiones en zonas de bajo desarrollo de la industria y modificar las relaciones

33 Discurso presidencial pronunciado al instalar la Comisión Nacional de Reconstrucción, op. cit. 10 de octubre de 1986.

34 Monsiváis, Carlos. "Los poderes contratan ante una sociedad civil que rechaza la sumisión". *Proceso*. No. 465. 30 de septiembre de 1985.

35 *La Jornada*. 14 de noviembre de 1985.

entre el campo y la ciudad. Sin embargo, este intento se fue retardando sin dinamizarlo, hasta que llegó el inolvidable y trágico 19 de septiembre.

Esta concentración económica se ha desarrollado paralelamente a un proceso de centralización política y administrativa. La burocracia ha sido el medio más adecuado para la concentración de las decisiones políticas y económicas entre los grandes empresarios y los altos funcionarios de los regímenes poscardenistas, propiciando la formación de capitales en torno de la ciudad de México, incluidos los correspondientes a sus propios miembros. De esta manera, centralización económica y política han formado una férrea unidad que no se puede enfrentar y revertir más que con modificaciones radicales en el modelo económico, (en un sentido nacional-popular) y en el sistema político, de modo que se abra paso a la participación de las grandes masas del pueblo trabajador y de las clases medias en las decisiones fundamentales.

En este contexto es menester destacar el hecho de que la ciudad de México no cuenta con un gobierno propio, ni con el derecho de elegir a sus autoridades, ya que desde 1928 se suprimió el régimen municipal en la capital del país. Desde entonces la urbe ha sido gobernada sin que exista participación ciudadana alguna, con un regente designado por el Presidente de la República. La mayoría de los habitantes de la ciudad de México, además de ser presas de su crecimiento explosivo y desequilibrado, carecemos de derechos e influencia en las decisiones políticas. Destacar esta forma de gobierno antidemocrático es importante porque la ciudad concentra el 37 por ciento de la población nacional, el 46 por ciento de la producción y el 33 por ciento del presupuesto federal, además de ser sede de la ma-

yor parte de la creación científica y cultural de la nación. Por ello es urgente a la par de la reconstrucción, la democratización del Distrito Federal.

Desde la perspectiva de las organizaciones emergidas durante el sismo, y de aquéllas previamente existentes que se han fortalecido en su lucha contra los efectos negativos del mismo, es prematuro señalar sus posibilidades de articular demandas más generales para insertarse en formas de organización política más amplias, pues son muchos los obstáculos que tienen que enfrentar. Sin embargo, aquí vuelve a entrar en escena la sociedad civil, es decir, la capacidad de organizar y expresar distintas demandas y que éstas encuentren formas de representatividad ciudadana más amplias.

Un terremoto de 8.1 grados en la escala de Richter con todo y sus gravísimas consecuencias sociales y políticas, además de las materiales, no logró conmover las tradicionales formas del ejercicio del poder, por lo cual queda claramente establecido que el impulso democratizador no ha venido ni puede provenir más que de la sociedad civil. Como lo señalaba Carlos Pereyra antes del sismo:

"...la iniciativa gubernamental sólo se desplegaría en circunstancias... sociales tan críticas que se vea obligado a un cambio en la forma del Estado. Si dejamos de lado las situaciones límites, no es fácil imaginar al gobierno como agente impulsor de la democracia".³⁶

En este sentido la sociedad civil con todas sus contradicciones y heterogeneidades, con sus mil caras, será la base de la democratización, pues como lo dice Soledad Loeza:

"...revisando estas experiencias aglutinadoras, cabría preguntarse si el proceso democratizador no tendría que pasar forzosamente por este tipo de asociaciones espontáneas"³⁷

La vuelta a la situación presísmica ha traído consigo una normalidad políticamente conflictiva. Se mantiene y agudiza la crisis económica, los funcionarios públicos debaten entre sí una política económica de reducción drástica del gasto público, de reconversión (modernización) industrial acelerada y voluntarista, de estrechamiento del mercado, de pagatoria de la deuda externa y de fomento a las exportaciones no petroleras, decidida por un sector minoritario de la burocracia política que afecta a las clases trabajadoras y capas medias fundamentalmente; los empresarios no se deciden a regresar las divisas fugadas del país, a reinvertir sus beneficios, ni a someterse a la burocracia política; se le abren las puertas a la inversión externa; la cúpula sindical se divide entre el evidente deterioro de la economía obrera y popular; los partidos independientes del gobierno, desde perspectivas distintas y con objetivos diversos, cuestionan la voluntad política gubernamental. Entre tanto, la población mira con recelo toda esa normalidad. Resuena en su conciencia el eco de la crisis sísmica. Queda en el ambiente la necesidad de reformas políticas de amplio alcance que institucionalicen las experiencias democráticas que afloraron en los momentos posteriores al terremoto y que vinculen el conjunto múltiple de experiencias locales en un proyecto democrático nacional que haga avanzar al país.

36 Pereyra, Carlos, et-al. "Democracia en México. La víspera de las Urnas". *Nexos*. No. 87, marzo de 1985. p. 16.

37 Loeza, Soledad en Pereyra, Carlos, et-al. *Ibid.* p. 17.